

IX

En el despacho del editor reinó profundo silencio. El rodar de los carruajes sobre el asfalto y los pregones de los vendedores subían de la calle confusos, apagados. Sobre la chimenea, un reloj dejaba oír el isócrono y obsesionante tic-tac. Treillard, sentado, volviendo á medias la espalda á la puerta, no pestañeó. La Marquesa, con firme tranquilidad, fué á colocarse junto á un ángulo del bufete de Parisot, y de pie, mirando al escritor, y sonriendo :

— ¿Es un recibimiento de esta clase el que yo debía esperar por parte de usted? A falta de otro móvil, se me antoja que la galantería hubiera debido imponerle alguna más diligencia y atención. Me permito hacerle observar que hace ya un minuto que he entrado aquí, que estoy en su presencia, que le dirijo la palabra y que, todavía, ni siquiera me ha saludado.

Treillard continuó sin pestañear ; palideció y permaneció silencioso.

Con la misma sonrisa, con la misma mirada, con voz serena, la Marquesa prosiguió :

— Esa actitud responde seguramente á algún motivo. ¿Será demasiado exigir que se me diga cuál es?

La pregunta quedó sin contestación ; Treillard parecía muy decidido á no entablar explicaciones. De cuantas tácticas hubiera podido adoptar, esta resultaba la más molesta para la señora de Sortais. Con arrancar una respuesta, aun cuando fuese injuriosa, á aquel que la amaba ardorosamente, se creía segura, palabra tras palabra, de llevarlo á la avenencia. Pero si se callaba, si resistía impávido todas las provocaciones, la batalla era imposible, é imposible, por lo tanto, la victoria. Buscó el sitio en que poder herirle con probabilidades de provocar un grito de protesta ó un movimiento de dolor. Quedóse meditabunda. Avanzó hacia la ventana y, luego, volviéndose de tal modo que se halló cara á cara con Treillard, dejó caer de los labios con glacial desdén :

— He pecado por exceso de confianza. Me dí por satisfecha con la palabra de usted. Creí que estaba tratando con uno de mis iguales... Me he equivocado, ¡ tanto peor para mí !

Ante este ultraje cruel, el literato brincó. Precipitóse hacia la señora de Sortais, con el rostro tan descompuesto por la cólera y por el dolor, que la dama, espantada, retrocedió dos pasos. Pero la cogió por un brazo, la oprimió, la empujó, y estallando al fin :

— ¿Se atreve usted, — gritó — á establecer com-

paraciones entre su conducta y la mía, entre sus sentimientos y mis sentimientos? ¡Impúdica, desvergonzada! ¿Y aun se atreve, después de haberme engañado repugnantemente, á decirme que yo soy para usted un ser inferior, que debo considerarme honradísimo cuando se digna concederme la limosna de sus favores?... ¡Bueno! Sí, soy un ser inferior, sin educación ni delicadeza. Una especie de patán. No se me alcanzan ni las elegantes sutilezas del ingenio ni los deseos mucho menos refinados del corazón de usted. Se atreve á hablarme de engaños cuando, al abandonar mis brazos, llevando aún en la piel el calor de mis besos, le falta tiempo para ir á entregarse al señor de Roize, que no ha tenido que molestarle para que lo abandone la encantadora Claudina Nantheuil. Pero el Barón no es un inferior, es un igual, con el cual no hay inconveniente en encanallarse y al cual se le puede perdonar todo: las traiciones pasadas y las traiciones futuras. Váyase con sus iguales, y no se rebaje tratando á pobres diablos como yo. Yo no puedo ocupar sitio alguno en la existencia de usted. A lo sumo me consideraría como á un criado al cual se le imponen docilidad y resignación. Pero no me resigno á eso. Tengo ambiciones más grandes, me taso en un precio muchísimo más alto del que usted quiere pagar por mis servicios. No podemos entendernos. ¡Quédese con sus iguales!

La Marquesa lo contempló con una especie de curiosidad, dejando ver en el rostro una expresión divertida, que exasperó á Treillard. La dama se

sentó tranquilamente, se quitó muy despacio los guantes y murmuró:

— ¡Cuántísimo absurdo! Eso es no hacerse cargo ni de la situación propia ni de la mía. Eso es comprometer, con exigencias inadmisibles, todo el plan de vida que tenía proyectado para usted.

El escritor abrió la boca para seguir protestando; pero la señora de Sortais lo miró con altivez y, haciendo un gesto imperativo:

— Hágame el favor de callarse. Hablando, empeoraría el asunto. Le ruego crea que, ahora, no se trata entre nosotros de la mezquina cuestión del artículo que ofreció publicar. El debate es más importante. Usted pone en discusión nuestras relaciones sociales, y no me conviene tolerar que me hable de engaños cuando le he concedido lo que apetecía apasionadamente. Nadie, excepto mi marido, tiene derecho para reprenderme. Hago lo que me agrada. Nadie tampoco, puede intentar ejercer sobre mi voluntad derechos más importantes que los que me plazca conceder. ¿Qué viene á reclamarme? ¿Le prometí ser suya, eternamente? Si limitamos los campos de la discusión estrictamente al compromiso recíproco que hemos contraído, venimos á parar á un contrato celebrado, nada sublime, y consistente en una doble promesa. Por una parte, usted debía servirme; por otra, yo debía recompensarle. Pagué por anticipado. Estoy en paz con usted ¿Lo está usted conmigo?

Treillard bajó la cabeza y contestó rudamente:

— ¡No!

— No me disgusta haberle obligado á declararlo.

— ¡Tengo sobradísimas razones para proceder como he procedido!

— ¿Hay una sola que resulta válida en semejante circunstancia y tratándose de lo que se trata? ¿No es este realmente, plenamente, un compromiso de honor, que sólo la delicadeza puede obligar á cumplir?...

— Bueno. ¿Entonces resulta digno y plausible que usted, abandonándome apresuradamente, como si le molestase estar á mi lado, se vaya á buscar al amante del día anterior, que la engañaba con una comiquilla? ¿La bajeza y la falsedad de ese amante eran nuevos atractivos? Para que usted sea fiel voy viendo que es necesario maltratarla. Y sin un momento de vacilación, sin imponerle condiciones, sin obligarla á que hiciera penitencia, sin saber siquiera si había abandonado ó abandonaría á la que le dió por rival, le echa usted los brazos al cuello, y no vuelve á acordarse de mí, cual si yo nunca hubiera existido. No digo, señora, que me haya asistido razón para rehuir el cumplimiento del compromiso que contraje con usted, pero, se me antoja, que no ha procedido bien destruyendo mis ilusiones acerca del precio fijado al artículo. Creí, por un momento, que sólo podría corresponder mediante abnegación sin límites, y me hallaba dispuesto á consagrarle mi existencia. Usted me prueba que no se trataba más que de una relación efímera, y que, una vez vuelta la espalda, no hay que pensar en lo pasado. Vea, pues, el desacuerdo

que existe entre nosotros. Yo ofrecía corazón, pensamiento y ternura. Usted me ha rechazado brutalmente diciendo: Vamos, amiguito, me doy por satisfecha con trescientos renglones. Guárdese todo lo demás, no lo necesito. Entonces, como aun cuando lo parezca, no soy imbécil, he obedecido, y me he guardado todo, incluso el artículo.

La señora de Sortais, viendo á Treillard tranquilo é irónico, comprendió que acababa de perder, en un instante, todo el terreno que había conquistado. Una vez más cambió de actitud, y de altanera se trocó en melancólica:

— Me duele muchísimo convencerme de que usted no me ha comprendido y de que me desconoce completamente. Me juzga como mujer positiva y calculadora, cuando nunca he sido más que caprichosa y ligera, gracias á mi imaginación. ¿Para qué sirve proceder y pensar ante un hombre cuyo oficio es estudiar y definir caracteres, si ese hombre ha de juzgar con prejuicios y erróneamente? Lo que más me apesadumbra es oír esa opinión, acerca de mí, tan fuera de la realidad... Si supiera... Pero no, ni ha visto, ni ha comprendido nada. Ha procedido cual si se hallase enteramente ciego. ¿Para qué he de abrirle hoy los ojos, cuando ya ha perdido la confianza en mí y cuando me abandona usted irremisiblemente?...

Llevóse á los ojos un pañuelito de encaje que, desde el principio de la conversación, retorcía nerviosamente entre las manos. Dejó escapar un sollozo que estre-

meció á Treillard, ¡ tanto la amaba aún ! Luego, en medio de un silencio que le oprimía el corazón, el literato dijo :

— Yo no la abandono. Es que usted me arroja, azotándome, con el más profundo desprecio.

Lo ronco y tembloroso de la voz, revelaban la emoción que sentía.

— Usted me ha ofendido y casi me ha maltratado — gimió la hipócrita, mirando con recelo, cual si tuviera que temer algo del infeliz. — Y me echa en cara, como traición, una postrer entrevista con el señor de Roize, sin reflexionar en que, tal vez, esa entrevista era indispensable...

Al oír estas palabras, Treillard se irguió ; la sangre se le agolpó en el rostro lívido, y dijo :

— ¿ Y era, pues, para consolidar la ruptura para lo que volvió usted á visitarlo ?... ¿ Se imagina que va á hacerme creer eso ?

— No me imagino nada. Me limito á decir sencillamente la verdad. Necesitaba colocarme á cubierto de cualquier indiscreción por parte de ese caballero... Y, como no me devolvía las cartas que le había reclamado, fuí á recogerlas...

Treillard guardó silencio. Pensaba : Debe mentir. Todo me induce á creerlo. Tiene en ello interés decisivo. Sin embargo ¿ y si no mintiera ?... Al fin exclamó :

— Señora, no me incumbe juzgar su conducta. Tanto más cuanto que acaba de explicarme con excesiva claridad que ese asunto es de la competencia

única de usted. Poco me importa que haya ido á visitar al señor de Roize, por tal ó cual motivo. Ha ido, y eso me basta. No me tomaré la molestia de comprobar para que fué la visita. Deseo que le resulte agradabilísima, porque, realmente, me intereso por usted.

La Marquesa dirigió á Treillard una mirada de censura, y se levantó, comprendiendo que era momento oportuno para cortar una conversación que había dado de sí todo lo que se podía esperar.

— Adiós — dijo la dama — los éxitos que tiene usted en perspectiva, le harán olvidar esta leve contrariedad... Yo...

No terminó. Treillard se adelantó y cogiéndole las manos :

— ¿ Siente usted el más leve arrepentimiento ? Dígalo ; aun estamos á tiempo. Pero si nos separamos así, no nos volveremos á ver.

— ¡ Ah ! ¿ Para qué ? Me ha destrozado usted con sus violencias... Sería volver á empezar. Me faltan fuerzas para sufrir.

— ¿ Titubea usted ? — preguntó el literato, estremeciéndose de esperanza.

— ¿ Puedo titubear ? Cuando estoy cerca de usted no soy dueña de mi pensamiento...

— ¡ Pronuncie una palabra, una sola, y lo olvido todo !

— Déjeme. ¡ Sería una locura ! Nunca me comprenderá usted.

— ¡ Qué importa, si la amo !

— ¡ Ah ! Pero usted... pero usted...

Lo vió más entusiasmado que nunca, apasionadísimo, rendido á discreción. Una sonrisa iluminó el rostro de la dama. Luego, murmuró :

— Bueno. Necesitamos hablar despacio para ponernos de acuerdo. Aguárdeme mañana, á primera hora en su casa.

El escritor cayó sobre ella y la estrechó frenéticamente entre los brazos, sintiéndose tanto más dichoso al reconquistarla cuanto más había temido perderla. La Marquesa se escabulló hábilmente para esquivar un beso y, llevándose un dedo á los labios :

— ¡ Chist ! ¡ Tenga juicio ! no estamos ni en la casa de usted, ni en la mía. Llame al señor Parisot.

Desde el momento en que se halló solo en el despacho del editor, mientras éste salía á despedir á la señora de Sortais, Treillard, en medio de la confusión caótica de ideas, tuvo un destello de clarividencia, sintió violenta angustia, y se dijo : ¡ Estoy nuevamente encadenado ! No le quedó tiempo para aclarar esta sospecha ; Parisot reapareció, riendo en grande.

— ¡ Muy bien ! ¡ Otelo no ha estrangulado á Desdémona ! Ya sabía yo que bastaba con una entrevista para hacer las paces. ¿ Acaso se riñe con una mujer como esa ? ¡ Sería preciso estar loco !

La palabrería del editor le resultó insoportable á Treillard. Aquel chaparrón de vulgaridades cayendo sobre su ánimo, en el momento en que se sentía fatigadísimo por la lucha que acababa de sostener, le produjo descorazonamiento profundo.

— ¡ Perfectísimamente ! — exclamó. — Ya hablabamos de esto más despacio. Tengo que marcharme...

— ¿ Tiene usted prisa ?

— ¡ Muchísima prisa !

— Necesitamos tratar varios asuntos...

— ¡ Otro día ! — contestó el escritor, adivinando que Parisot iba á volver á hablarle del artículo. — ¡ Otro día !

Y, estrechando la mano que el editor tendía para detenerlo, abrió la puerta y salió al pasillo.

— ¡ Es usted asombroso ! — refunfuñó Parisot. — ¡ Oiga ! ¡ Un minuto !...

— ¡ Ni un segundo !..

Y, tomando escaleras abajo, Treillard desapareció. Al llegar á la calle se detuvo, encendió un cigarillo y echó á andar tranquilamente. Eran las doce. Se dijo : me queda el tiempo preciso para almorzar antes de ir al ensayo. Bueno será no descuidar los negocios importantes. La *Comedia Intima* y Parkin cuentan conmigo. Necesito darle los últimos toques á *Malos caminos*. Si comienzo á preocuparme de la Marquesa, voy á perder el día. Vaya ; hay que tener formalidad.

Entró en casa de Paillard, se hizo servir el almuerzo y, al dar la una, llegó al teatro. Durante cuatro horas, se entregó á un trabajo muy concienzudo, que hizo adelantar notablemente el ensayo de la comedia.

— Ocho sesiones como esta y estamos listos — declaró Parkin — Voy á anunciar las últimas repre-

sentaciones de la obra que tenemos en cartel... Hay que animar al público... Necesitamos estrenar...

A eso de las seis, Treillard, sin haberse dado cuenta del camino que había seguido, se encontró ante la puerta de la casa de Florisa. Llegó hasta allí instintivamente, como el que busca un puerto de refugio. Sin embargo, antes de entrar, reflexionó. Ya había confesado á su amiga los odios y los desengaños que sufría. La había hallado compasiva y afable. De las explicaciones nunca sacó la amarga sensación de ser juzgado con desprecio. Siempre su amiga se le mostró sinceramente compasiva y siempre reveló tanta lucidez como entereza al aconsejarle. El alto criterio y la delicadeza de la joven eran, para el escritor, piedra de toque que le servía para apreciar sus sentimientos. No obstante, siempre se le antojaba una humillación, que le remordía, el tener que confesar, á la mujer á quien había amado, las flaquezas de carácter y las vacilaciones del espíritu.

Resolvió subir. A aquella hora, excepto el domingo, contaba con grandes probabilidades de encontrar sola á Florisa. Babín y Malatiré se hallaban ocupados, el uno en su Revista, el otro en sus lecciones. Además, sabía que su amiga, con la libertad masculina que la caracterizaba, le proporcionaría, si era preciso, un rato de conversación aparte. Subiendo la escalera, sintióse más y más triste. La criada, al abrirle la puerta, debió verle un semblante tan sombrío que, después de contemplarlo con inquietud, debió prevenir á su señora, porque Florisa

acudió inmediatamente con aire de preocupación. Examinó en silencio á Treillard, mientras le hacía pasar al cuarto de trabajo. Cuando lo vió instalado en una butaca, le interrogó con precaución. Las mujeres son como los sacerdotes y manejan dulcemente á las almas. Treillard se encontró más desarmado ante la mansedumbre que ante la ironía que esperaba. Quedóse abrumado, con la cabeza baja. Al fin se decidió á hablar.

Florisa escuchó muy tranquila el relato de quejas y de agravios. Su amigo abordaba un orden de sentimientos que, para ella, sólo eran conocidos en el campo de la metafísica. Del amor, de sus alegrías y de sus miserias, sabía únicamente lo que aprendió por experiencia ajena. Había contraído el hábito de la anatomía moral, y todas las nociones que poseía acerca de las pasiones humanas, las adquirió por obra del paciente y curioso estudio que practicaba en derredor. Su impasibilidad personal no le permitía juzgar la desesperación ó la embriaguez en que caen los enamorados, más que como crisis que anulan el imperio de la razón. En estas ideas se afirmó más y más, desde que tuvo discernimiento, ante los síntomas muy caracterizados que observó y que definió, en personas atacadas por ese desequilibrio cerebral llamado amor. Sólo se interesaba por las consecuencias morales ó materiales que podía acarrear ese estado morboso. En este punto era sensible y misericordiosa. Desdeñando las causas, se inclinaba compasivamente ante los efectos. Que Treillard estuviera

enamorado de la señora de Sortais, casi no le importaba. Pero que Treillard sufriera, y fuese desgraciado y se hallase dispuesto á cometer desatinos, era cosa que la conmovía hondamente. Le dijo así:

— Sin embargo, mi pobre amigo Andrés, usted estaba prevenido. ¿Cómo se ha dejado coger nuevamente en las redes de esa coqueta?...

— ¿Tampoco usted, según veo, tiene la menor duda de que esa mujer se burla de mí?

— Ni afirmo ni niego. Ha podido ser sincera, momentáneamente. ¿Qué esperanzas cabía fundar sobre criatura tan ligera? Contésteme á la pregunta: ¿Ha existido siquiera un átomo de verdadero amor, en el sentimiento que esa mujer ha debido experimentar hacia usted. Nada tan vulgar ni tan ruin como lo que le ha dado á usted amigo mío. El placer, ese placer que ofrecen todas las mujeres galantes, ya pertenezcan al gran mundo ó al *demi-monde*. En esas relaciones ¿se ha pronunciado una sola frase nacida en el alma? El libertinaje hizo el gasto en la aventura. ¿Es eso lo que lamenta? ¿La pérdida de miserables satisfacciones carnales le ha traído á la desesperación en que le veo? ¿Resulta, pues, que, frente al amor, son iguales todos los hombres, así los más inteligentes como los más estúpidos?... ¡Ay! ¿No se ha visto á un Molière llorar por una Armanda? ¿No ha llorado un Racine, por una Champmeslé?... ¡Miserias del alma humana!

— No, Florisa ¡vergüenza para las mujeres que no

han sabido apreciar al genio! No hay que censurar á Racine y á Molière. Hay que tratar de miserables y de locas á Champmeslé y á Armanda. ¿Qué infame hipócrita engañó al gran Poquelin? ¿Qué cocinera tiranizaba al autor de Atala? ¡Poco importa! Lo desesperante es que dos hombres de esa talla ce hayan visto desconocidos.

— Casi siempre sucede lo mismo. El genio y el talento sólo otorgan al hombre derechos abstractos. Ahora bien, las abstracciones no están al alcance de las mujeres. Vea á Josefina, — y con esto renuncio á citar más ejemplos — mientras que Bonaparte conquistando á Italia conquistaba la gloria, se entretenía en engañar á su esposo con un tenientillo de húsares.

Hubo una pausa. Florisa añadió, sonriendo;

— Imagino que esta brillante enumeración le servirá de consuelo. Fíe en que usted llegará á ser algo como Molière y Racine. Estoy segura de que no querrá parecerse á Napoléon. Acepte, pues, sin protestas exageradas, la suerte que esos ilustres hombres tuvieron que sufrir. Y, fortificándose con tales ejemplos, procure sanar y restablecerse. Esto es lo más razonable que puede hacer.

— ¿Luego usted reprueba cuanto tienda á reconciliación con la señora de Sortais?

— Ni apruebo ni repruebo. Creo que, al punto que han llegado las cosas, tiene motivos sobrados para conocer á esa mujer. Desde luego, lo que ya una vez ha sucedido, se repetirá en plazo breve. ¿Está

usted dispuesto á soportarlo? En eso consiste todo. Es cuestión de temperamento y de caracter.

— Jamás lo soportaré.

— Entonces, despídase de ella y no la vuelva á ver. Unicamente, como quiera que es preciso proceder con corrección, debe publicar el artículo que ha ofrecido y que en justicia le reclama. Esa mujer lo ha pagado y tiene derecho para pedirlo.

— ¡ Es una miserable!

— ¿ Por qué? ¿ Por no continuar encargando artículos al mismo precio? Lo vergonzoso es el comercio á que usted se ha prestado. Esa mujer vuelve á la moralidad dejando de traficar con su cuerpo. Y ¿ es eso lo que le echa en cara cual si fuese un crimen? ¡ Qué lógica!...

— ¡ Ah! usted habla de esto...

— ¿ Cómo un ciego podría hablar de los colores, verdad?... Romeo contesta á Mercutio: « Aquel se ríe de las heridas, porque nunca las ha recibido. » Me encuentro en ese caso... Pero, con todo, no puedo dejar de decir á usted lo que pienso...

Treillard quedóse sumido en silencioso abatimiento. Había ido á pedir consejo á Florisa, sabiendo perfectamente lo que ésta le iba á aconsejar. Y ahora, después de haberla oído, se hallaba anonadado.

— ¡ Y todas las mujeres son iguales! — murmuró, tras un instante de meditación.

— ¡ No hay que exagerar! — exclamó Florisa. Las hay excelentes. Pero no conviene pedirles más de lo

que pueden dar. Usted no logrará tener, en una pieza, una buena ama de casa, una compañera encantadora y una Musa de soberana inspiración. Tendrá que contentarse con una medianía que reúna condiciones loables y algunos leves defectos. La perfección no es de este mundo. Al fijarse en la Marquesa, fué á elegir el tipo de mujer más opuesto al que necesitaba para ser feliz. ¡ Siendo literato, era gran desatino ir á dar con una escritora! Recuerde hasta qué extremo hizo desgraciado la señora de Staël al pobre Benjamin Constant. Y en época más reciente, ¡ Dios mío! ¿ no nos han atronado los oídos refiriéndonos las cuestiones entre Musset y mamá Sand? Amigo mío, si quiere ser dichoso, elija á una mujer lindísima, pero que sea algo tonta. No suele estimarse, en todo lo que vale, la simplicidad de una mujer. Tener el derecho, cuando se ha trabajado intelectualmente el día entero, de descansar con tranquilidad en un hogar, en el cual la mujer no trata de parecer pensadora transcendental ¿ no es ese el sueño dorado?

— Puede que lo sea, para un gorrero.

— Todos los hombres, á ciertas horas, tienen algo de gorreros. El mismo Apolo, suelta de vez en cuando la lira. ¿ Acaso vive usted en tensión cerebral, desde la mañana á la noche? Yo, confieso que, diariamente, coso, remiendo, dobladillo pañuelos, repaso la ropa y encuentro descanso en esa tarea. Embrutecerme un poco, me resulta delicioso. Mire: leo los folletines de algunos periódicos. Son enormemente estúpidos. ¡ Bueno! Pues esa estupidez

me encanta, porque me proporciona descanso. Me siento el cerebro de barbecho, mientras que sigo las aventuras de una pobre chica raptada por un osado seductor, ó las de un niño arrancado del seno de noble familia y confiado á la tutela degradante de malhechores de la peor especie. Malatiré se queda estupefacto ante la vulgaridad de mis aficiones. No puede llegar á comprenderme. Lanza gritos de horror cuando me encuentra afanadísima devorando el folletín del *Petit Journal*. Me llama portera. Yo me río. Estoy segura de que si viviese constantemente al lado de los grandes maestros, acabaría por volverme idiota. Necesito esta válvula. Es como una de esas escapadillas que hace la gente *chic*, yéndose á comer en un *restaurant* económico. Luego, al volver al comedor suntuoso, y al verse servir, en vajilla de plata, por lacayos con calzón corto y medias de seda, sienten más apetito y mayor placer. Usted ha hecho precisamente todo lo contrario. Ha ido á dejarse engatusar por una mujer que, en los ratos de ocio, se entretiene en atormentar á la literatura. De suerte que, cuando usted suelta la pluma para descansar, va á caer en mitar de un tintero. Busque una mujer algo tonta, Treillard, créame... ¡busque un folletín de periódico de perro chico!

— Entonces ¿no conviene que vuelva á ver á la Marquesa?

— Nunca.

— Debe ir mañana á mi casa.

— Márchese esta noche.

— ¿Qué pensará?

— Que es usted inteligente. Envíele el artículo, que es lo que más le interesa y lo que trata de conseguir á todo trance. Póngase en el lugar de esa mujer. Ha anunciado por todas partes, y á todo el mundo, que usted iba á celebrarla en *El Movimiento*. Está aguardando esa consagración de su talento, y si no la obtiene, quedará en ridículo. Vamos, hágase cargo, necesita que la venguen de Florisa Barel. Yo he dado en tierra con esa gran dama, y es preciso que la levanten. Y para levantarle nadie mejor que usted, por ser, como todos saben, amigo mío, con lo cual el artículo, independientemente de su valor literario, tiene una significación moral ante la cual la señora de Sortais está dispuesta á sacrificarlo todo. Tiene derecho á esa satisfacción. Proporciónesela y, después, abur. Esté seguro de que no irá á buscarlo, para pedirle nada más. Así se convencerá usted de lo ilusorio de las esperanzas y de lo ficticio de los ensueños que ha acariciado. Así recibirá una lección de realidad, que espero y deseo le resulte provechosa.

Treillard quedóse pensativo. Florisa le examinó la fisonomía, y vió que revelaba tristeza y desilusión. Continuó diciendo:

— A menos que no esté usted decidido á servirse de esa dama como instrumento para medrar y á proceder con falacia frente á esa falaz. Pero ¡cuantísima habilidad y cuántas energías de voluntad y de entendimiento se necesitan para una intriga de ese género!

Muchos son los que se arriesgan. Pero es porque poseen temperamento calculador y algo de espíritu aventurero. Esos son los modernos *condotieros* que se lanzan al asalto de la sociedad, empleando los medios que hoy resultan más ventajosos. Ya no se trata de crearse un principado conquistando una provincia, sino de alcanzar una posición hermosa y lucrativa ó un alto cargo donde no haya que trabajar, ó de hacerse constelar de cruces y condecoraciones. Para esto, más que inteligencia y talento, se requiere audacia y habilidad. Sobre todo, se necesita constancia invariable en las ideas. Fijese en el acróbata, que camina sobre la cabeza del público que lo devora con los ojos. Ese hombre sólo ve la meta. No mira por donde va. Es la personificación del ambicioso. Usted habrá asistido á la salida del audaz conquistador de la sociedad; luego, le habrá perdido de vista durante algunos años, y, al fin, se admirará al encontrarlo colocado, con rentas, glorificado. El hombre ha hecho su camino. ¡Sólo Dios sabe por dónde ha tenido que pasar muchas veces! Pero ¿qué importa? Ha llegado á la meta. Ya no se llama más que: « querido maestro », si es literato; « patrón », si es un político; « señor barón » ó « señor conde », si es financiero. Y tiene su sitio en la Academia, en el Senado, en el Congreso, en la Bolsa ó en presidio. ¿ Se siente usted con los riñones bastante sólidos, con el pié bastante firme y con la cabeza bastante serena para ser ese hombre, ese gran *arrivista*, dueño y señor del mundo? ¿ No? En-

tonces, Treillard, resignese á producir lindas comedias, hermosos libros, y buenos versos, en un rincón, tranquilamente, como un hombre honrado. Esto resulta aún lo más sencillo y lo más seguro.

— ¡ Ah! ¡ Qué cruel es usted Florisa! Parece gozarse torturando el corazón.

— Amigo — contestó la joven — ¿ para qué sirve emplear paliativos con un mal que no puede curarse? Es mucho mejor extirparlo á cambio de un dolor pasajero. Ahora le duelen mis palabras desilusionantes y amargas. Pero, cuando se tranquilice, me agradecerá muy de veras el valor que he tenido manifestándole francamente la verdad. Le consta que soy una amiga sincera; prueba de ello que en todas las vacilaciones viene á mí buscando la fe y la decisión que le faltan. Para alcanzar las cumbres de los espíritus superiores, es muy poco lo que necesita, amigo Andrés. Las brillantes dotes que posee están algo maleadas por falta de disciplina moral; pero, ya la adquirirá y, entonces, nada le detendrá en el áspero camino del triunfo. Si sabe prescindir de las facilidades regalonas de la vida, tiene en perspectiva espléndido porvenir. Aprenda usted á ser severo consigo mismo, y, el día en que lo haya aprendido, nada tendrá que temer de las severidades ajenas.

— Florisa, usted está por encima de la humanidad. ¡ usted no admite las flaquezas!

— No. Lo que hago es no tolerar los vicios. Yo no le pido que sea un superhombre. ¡ Dios me libre de ello! ¡ No hay en mí un átomo de Nietchenia-

nismo! Odio esa doctrina egoísta y feroz. Sea, lisa y llanamente, un hombre juicioso y honrado. La inteligencia de usted se encargará de lo demás.

Florisa miró á Treillard, hizo una mueca burlona, y se echó á reir:

— ¡Muy bien! Fíjese, caballero, en que me ha obligado á pronunciar una famosa conferencia. ¡Lo malo es que se ha perdido la copia! Si hubiese usted escrito, á medida que yo dictaba, me encontraría, cuando menos, con tres columnas de original, que se han disipado con el humo de mi cigarrillo.

Treillard se levantó y, mirando al reloj:

— Son ya las siete. La dejo á usted.

— ¡Eso sí que no! No quiero, en estos momentos, dejar á usted solo. Vámonos á comer juntos, en cualquier parte, como buenos camaradas. Luego, si nos da gana, nos meteremos en un teatro á oír un acto de una obra. ¿Estamos conformes?

— Sí.

— ¡Perfectamente! Espéreme cinco minutos; me cambio de traje, me pongo un sombrero, y nos vamos.

X

El estado de ánimo en que se hallaba la señora de Sortais, al separarse de Treillard, y al volver á su hotel, no era mucho mejor que el de Treillard cuando regresó á su casa. La dama sentíase, á la vez, satisfecha por haber logrado subyugar nuevamente al rebelde, y exasperada por los esfuerzos que tuvo que desplegar para conseguir ese resultado. Y se decía: «Amiguito, cuando esté reducido á completa obediencia, cuando de nuevo se haya habituado á acatar mi voluntad, me pagará muy caro todo esto. Ya puede alegrarse de que lo necesite tanto. ¡Ah, si pudiera prescindir del auxilio de usted!» Pero era demasiado inteligente para no darse cuenta de que tal auxilio le resultaba indispensable. Acababa de efectuar la prueba. Sin Treillard, ó sin un Treillard cualquiera, debía renunciar á su prestigio. Y todo se le antojaba preferible á tamaña decadencia.

Se había habituado á las alabanzas. Le era muy grato escuchar: «usted que tiene tanto talento; usted que posee los esplendores de la alcurnia y los des-